

Biblioteca Nacional

DIRECTORA:
SARA CASAL Vda. DE QUIROS
Apartado 1239
Teléfono 3767
OFICINA mi casa de
habitación
BARRIO: La California
Av. 1^o Calles 27-29

REVISTA COSTARRICENSE

PUBLICACION SEMANAL PARA EL HOGAR

Con la aprobación de la Autoridad Eclesiástica
Benedictina y aprobada por Su Santidad Pío XI

Suscripción Mensual

— de —
cuatro números

₡ 1.00

AÑO XII

San José, C. R., Domingo 15 de Agosto de 1943

No. 565

REVERENDO PADRE JOSE TURCIOS SUPERIOR DEL ORATORIO FESTIVO
SALESIANO EN SAN JOSE, COSTA RICA



El padre Turcios ha sido nombrado por el Santo Padre, Obispo de Santa Rosa de Copán y su consagración será el 15 de agosto, en Tegucigalpa.

Este alto y honroso cargo es el triunfo de la humildad; pocos son tan humildes como él. Amaba a los niños como don Bosco, con todo su corazón y se desvelaba pensando cómo atraerlos al Oratorio para que no se perdiesen esas almitas tan queridas de Nuestro Señor. Su celo por la salvación de las al-

mas es admirable, en San José trabajó con gran entusiasmo. Nadie podía negarle una limosna para su Oratorio, para su Futura Escuela de Artes y Oficios, para sus niños. Pedía con tanta dulzura y humildad! Y las mejores gracias para el benefactor eran su sonrisa y un Dios se lo pague!

Nuestros deseos son que su labor continúe en su patria con el éxito que tuvo en Costa Rica y que Dios le prepare una corona muy grande en el cielo como se merece por el grande amor que le tuvo en la tierra.

Jubileo de Oro de la Congregación Paulina en Costa Rica

El 29 de junio de 1893 llegaron a San José para regentar el Colegio Seminario los Reverendos padres Paulinos.

El inolvidable y muy querido Monseñor Thiel, segundo Obispo de Costa Rica, a quien nuestra patria le debe tanto por todo el bien que hizo tanto espiritual como cultural, fué el que trajo la Congregación Paulina, para que inspirada por el humilde San Vicente de Paúl formara nuestro clero con toda la virtud que se necesita para ser Ministros del Señor. También fueron encargados de la Enseñanza de nuestra juventud que necesitaba tanto quien la encarrilara por los senderos del Evangelio.

Opimos frutos ha dado nuestro Seminario, a sus aulas llegaron jóvenes de todas las clases sociales y puede decirse que los mejores profesionales que tenemos se han formado bajo su dirección.

No hay enseñanza mejor dirigida que la de las Congregaciones Religiosas porque sus profesores, en su generalidad Universitarios Europeos se dedican exclusivamente a la enseñanza, sin preocupaciones del hogar, de los hijos ni de nada que los ate a las vanidades del mundo.

Al Seminario han llegado verdaderos sabios, matemáticos, filósofos, historiadores, lingüistas etc. etc., los que han preparado nuestra juventud, la que no ha tenido obstáculos para ingresar a las universidades europeas y norteamericanas, donde se les recibe sin ningún examen, basta el título de terminación de estudios del Seminario.

Entre los Paulinos que han sido gloria de nuestra patria están Monseñor Bernardo Augusto Thiel, segundo obispo de Costa Rica; Monseñor Stork, tercer obispo, a estos dos obispos no los podremos olvidar por su bondad, pues fueron como verdaderos padres de los costarricenses. Su humildad era grande, su caridad llegaba hasta los hogares más pobres. Monseñor Blessing, Primer Vicario Apostólico de Limón a quien todos queríamos y venerábamos por su humildad. Monseñor Wollgarten, Segundo Vicario

Apostólico de Limón, tan querido de los negritos de Limón y tan respetado de todos. Además los inolvidables paulinos Nicolás Stappers, Federico Maubach, y Carlos Trapp, tan interesados en la evangelización de los indios de Chirripó y Talamanca. Monseñor Leopold, que vivió en Cañas e hizo mucho bien en aquellas regiones.

Monseñor Odendahl, actual Vicario Apostólico de Limón quien trabaja muy arduamente en toda la Provincia de Limón y muy especialmente en Talamanca y Chirripó; se le respeta y se le quiere como merece.

Parece que Monseñor Thiel hubiese dejado heredado a todos los paulinos su amor y evangelización de los indios pues su interés por ellos no ha disminuído en el correr de los años.

Y no dejaremos de ofrecerle nuestro más sentido recuerdo, lleno de cariño al inolvidable Padre Bellut, quien fué mucho tiempo Cura de Turrialba y luego terminó sus días sirviendo en el Sanatorio Durán.

Los Padres del Seminario son verdaderos apóstoles del Señor, le sirven abnegadamente, con cariño y también quieren a Costa Rica como su segunda patria.

Según hemos oído decir la fiesta de los ex-alumnos organizada para celebrar el cincuentenario del Seminario resultó bellísima, es la mejor prueba para los Reverendos Padres Paulinos de que en Costa Rica se les quiere verdaderamente y se aprecia mucho su labor educacional en favor de la juventud y también en la formación de nuestro Clero Nacional.

Todos los costarricenses debemos estar muy agradecidos con la Congregación Paulina por los múltiples servicios que nos ha brindado durante sus cincuenta años de vivir con nosotros y es por ello que le dedicamos este pequeño homenaje como prueba de nuestro reconocimiento y cariño por ella.

Le pedimos a Dios que es el mejor pagador les recompense el bien que han hecho en Costa Rica haciéndolos verdaderos Santos.

Sara Casal Vda. de Quirós.

SEMILLITAS

Hay seres que disfrutan **tontamente** de la felicidad sin conocerla. Tienen salud, bienes de fortuna, goces inefables, cariños verdaderos, y viven sin apreciarlos, sin saborearlos, digámoslo así, sin dar gracias al Señor, de quien todo bien procede...

Y cuando algo de esto les falta, entonces es cuando lloran lo que han gozado sin apreciarlo en otro tiempo; entonces es cuando conocen lo mucho que tenían, lo que disfrutaban sin darse cuenta de ello.

Por eso digo que poseen **tontamente** la felicidad... tienen una joya de gran valor y no la aprecian porque ignoran su mérito... son señores inconscientes... son como los niños que aun no han llegado a la edad de la razón...

Y no levantan los ojos al cielo para darle gracias por sus beneficios... por la generosidad con que les da tanto bueno, con preferencia a otros que quizás lo merecen más y sabrían agradecerlo...

En cambio, hay personas delicadas y buenas que cada día en el secreto de su corazón,

piensan en lo que tienen; en la salud de que gozan, en el bienestar que les rodea, en los seres queridos que les acompañan, en los bienes materiales que poseen, y gozan de todo esto, saboreándolo, agradeciéndolo, dando gracias a Dios por todo.

Estos tienen conciencia de su felicidad y la estiman en lo que vale, y si la pierden no tiene que lamentarse como muchos de no haberla conocido... éstos gozan más, muchísimo más, porque sienten **hondo** y piensan **alto**... éstos tendrían, ¿quién no las tiene?, sus amarguras, sus disgustos, sus pesares; pero también saben sentir y gozar más, con más delicadeza, con más intensidad, y disfrutan de goces inefables que no entienden ni adivinan las almas vulgares...

Aprended a reflexionar un poco en lo que Dios os da para agradecerlo y gozarlo bien... no seáis como tantos que viven neciamente, que apenas discurren, que son como las hojas que arrastra el viento... pasan, vuelan, no saben a donde van... viven materialmente... no saben pensar y no se comunican con Dios.



La Madre y la Confirmación

PAGINAS DEL ASESOR

Grande y solemne para el hogar católico es el día de la Confirmación de uno de los hijos.

La madre particularmente, con honda emoción, ve acercarse la fecha de un acto tan trascendental en la vida espiritual.

Al pensar que su hijo, todo debilidad e importancia, pronto ha de convertirse en receptor de la Plenitud de la Divinidad su corazón maternal exulta de admiración y agradecimiento y sólo puede anonadarse en inefable adoración.

Oraciones, sacrificios, instrucciones, nada omite para preparar una morada menos indigna al "Dulce Huésped".

Ella enseña a su hijo, que ya posee el perfecto uso de su razón, conforme a las prescripciones de la "Instrucción Pastoral", a conocer,

amar, desear, la Divina Tercera Persona, vida de las almas, su modelador e incomparable escultor.

Ella le habla de las relaciones íntimas directas, personales, del Divino Espíritu con cada alma, relaciones comenzadas en el bautismo y reafirmadas y desarrolladas al venir especialmente a ella en la Confirmación con la abundancia de sus dones.

Ella le explica el significado de esas siete energías depositadas por el Espíritu Santo en nuestras almas y también detalladamente todo lo relativo al gran Sacramento que va a recibir y que será para él, niño inscrito en las filas de la Acción Católica, fuente fecunda de apostolado.

Ella impregna su piedad de la devoción al Divino Espíritu haciéndole recitar los sublimes

himnos litúrgicos: "Veni Sancte" y "Veni Creator".

De esta manera el Espíritu Santo no será para ese hijo de una madre verdaderamente Católica el "Divino Desconocido" del cual habla Monseñor Landrieux en un libro que lleva ese título, desgraciadamente con harta frecuencia demasiado justificado.

Pero ha llegado la fecha designada por el Señor Obispo para la administración del Sacramento de Confirmación.

Es un domingo.

Domingo confundido para otros en la serie de los domingos, anónimos, pero para la madre y el hijo día inolvidable y bendito.

Acompañados del padrino penetran en el templo.

La ceremonia principia con un diálogo entre el Obispo y su asistente en nombre de los que van a ser confirmados.

—Que el Espíritu Santo venga a vosotros y la virtud del Altísimo os preserve de todo pecado.

Amén.

—Pongamos nuestros socorro en el nombre del Señor.

—Que ha hecho el cielo y la tierra.

—El Señor sea con vosotros.

—Y con tu espíritu.

El Obispo extiende sus manos sobre los aspirantes arrodillados.

Su gesto recuerda el aleteo de la Divina Paloma bajada del cielo.

—Roguemos, continúa el Señor Obispo: Dios Todopoderoso y eterno que te dignaste regenerar por el agua y el Espíritu Santo a tus siervos aquí presentes y les acordaste el perdón de todos sus pecados: envía del cielo tu Espíritu Santo con sus siete dones.

—Amén.

El don de Sabiduría que hará posible a su hijo el entregarse con gusto a la práctica de las cosas de Dios.

El don de Inteligencia que le permitirá estudiar con facilidad y comprender, en la medida en que son comprensibles, las grandes verdades de la religión.

—El espíritu de consejo y de fortaleza.

Aproveche

LAS FACILIDADES QUE EN SU

SECCION DE AHORROS

LE OFRECE EL

Banco de Costa Rica

—Amén.

El don de Consejo que lo garantizará contra toda acción imprudente fatal para su salvación, y le indicará, en cada circunstancia, lo que ha de hacer y lo que ha de evitar.

El don de fortaleza que le hará firme e inquebrantable en el cumplimiento del deber.

—El espíritu de ciencia y de piedad.

—Amén.

El don de Ciencia que le dará luces para desdenar y despreciar las vanidades del mundo.

El don de Piedad que le inspirará un tierno y generoso amor a Nuestro Señor y una férvida adhesión a su Evangelio, a su Iglesia, a sus sacerdotes.

—Llénelos del espíritu de temor y márcalos del signo de la cruz de Jesucristo para la vida eterna. Por el mismo Jesucristo.

—Amén.

El don de Temor de Dios que depositará en su corazón, no el temor servil del esclavo sino el temor filial de contristar al Padre.

El Obispo hace la unción con el Santo Crisma diciendo: "Yo te marco con la señal de la Cruz".

Al mismo tiempo extiende por segunda vez su mano sobre la cabeza del confirmado expresando con ese gesto la toma de posesión de la

Iglesia que, desde ese momento, lo incorpora a su milicia.

En seguida hace tres cruces y dice: "Y te confirmo con el Crisma de salvación en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo".

—Amén.

Da una pequeña palmada en la mejilla del confirmado diciendo: "La paz sea contigo".

Esta palmada reemplaza el antiguo ósculo, el beso de paz, saludo de los primeros cristianos y es, a la vez, para el confirmado, símbolo de los sufrimientos que debe estar dispuesto a soportar por la defensa de su fe.

El Obispo continúa las preces terminando con la siguiente bendición: "Que el Señor os bendiga de Sión a fin de que gocéis durante vuestra vida de los bienes de Israel y participéis de la vida eterna. Amén".

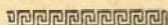
Confirmados y padrinos recitan junto con el Obispo el Credo, el Padre Nuestro y el Ave María.

La ceremonia ha terminado.

La madre conmovida se acerca a su hijo y lo abraza; pero el que estrecha contra su pecho no es ya un niño, es un cristiano perfecto, un valiente soldado de Cristo.

(De "Iris", Caracas).

Gloria.



Compendio de la Doctrina Cristiana

Por el P. Hillaire

Creo en la Vida Perdurable

La última Verdad enseñada por los apóstoles en el Símbolo, es la existencia de una **vida futura**, eternamente feliz para los buenos, eternamente desventurada para los malos.

Los hombres resucitados no volverán a morir: los buenos vivirán en una bienaventuranza eterna, y los réprobos en un suplicio que no tendrá fin. Eternidad feliz en el cielo, eternidad desgraciada en el infierno... ¿Cuál será la nuestra?... Está en nuestra mano elegirla. ¿Pensamos en ella seriamente?...

Postrimerías del Hombre

El dogma de la vida eterna guarda relación con otras cinco verdades, que se llaman

los novísimos o postrimerías del hombre: **muer-te, juicio, cielo, purgatorio, infierno y la consumación de los siglos.**

1º—**LA MUERTE.** — La muerte es la **separación** del alma y el cuerpo. El cuerpo es devuelto a la tierra, de donde salió; el alma vuelve a Dios, que la creó, para recibir la sentencia de su destino eterno.

Es cierto que todos tenemos que morir, pero las circunstancias de la muerte son absolutamente **inciertas.**

Dios nos deja en esta incertidumbre para obligarnos a vivir y estar siempre preparados para morir.

2º—**EL JUICIO.** — La muerte es el fin

de la prueba y de las obras meritorias. Tan pronto como el alma se separa del cuerpo, comparéce ante Dios para ser juzgada de todos sus pensamientos, palabras, acciones y omisiones: es el juicio particular. Pronunciada la sentencia, se ejecuta sin demora, y el alma va al cielo, al infierno o al purgatorio; al purgatorio por un tiempo más o menos largo; al paraíso o al infierno para siempre.

3º—EL PARAÍSO O CIELO es un lugar de delicias donde el hombre está destinado a gozar de la bienaventuranza eterna.

La bienaventuranza del paraíso consiste en ver a Dios tal cual es, en amarle, bendecirle y poseerle para siempre.

Esta felicidad comprende:

1º—La extensión de todos los males, así

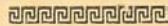
del alma como del cuerpo.

2º—La posesión de todos los bienes para el alma y para el cuerpo.

3—Y la deliciosa seguridad de poseer esta bienaventuranza infinita por toda la eternidad: **Creo en la vida perdurable.**

La felicidad del cielo es proporcionada a los méritos personales.

Además de la gloria esencial, reservada a todos los escogidos, hay en el cielo glorias accidentales, que se llaman aureolas, concedidas como recompensas a los Santos que alcanzaron señaladas victorias, se distinguen tres: la aureola de los Mártires, que vencieron al mundo; la de los Doctores, que vencieron al demonio, padre de la mentira; la de las Vírgenes, que vencieron la carne y sus placeres.



Reflexiones Cristianas

El tiempo es demasiado precioso para que no sepamos valorar los días. Los días son malos o buenos, según el uso que hagamos de sus horas. Es necesario conocer el valor inestimable del tiempo para comprender la gran pérdida que significa para nosotras el emplearlo mal.

El tiempo es cosa preciosa.

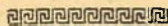
Todos los hombres y todos los bienes materiales del mundo no valen lo que un momento que podamos dedicar a purificarnos y embellecernos íntimamente.

Dispongamos del tiempo para aumentar nuestros merecimientos, nuestra virtud, nuestro amor a la verdad, a la justicia y nuestro convencimiento de la eterna realidad de la otra vida.

Dediquemos las horas libres a limar las asperezas de nuestra alma, a purificar nuestro corazón, a pensar en que no debemos apartarnos del bien, en reconciliarnos con Dios, fuente de toda alegría.

Es increíble cuánto puede mejorar una mujer que consagra en el silencio algunas horas a la gran tarea de perfeccionarse íntimamente. El propósito de ser más buena hoy que ayer basta para hacerlas más merecedoras de la felicidad y más dignas de la dulce recompensa que acaricia las almas de los buenos.

Sepamos valorar el tiempo, sepamos aprovechar nuestras horas que son inestimables cuando las sabemos convertir en beneficios para nuestro espíritu.



La Fortuna

La fortuna no es sino para los que obran con decisión y voluntad.—*Aristóteles.*

La fortuna no siempre se reúne con los buenos ni hace buenos a aquellos con quienes se reúne.—*Boecio.*

Más difícil es soportar la próspera que la adversa fortuna, porque la prosperidad en-

flaquece el ánimo, mientras que la adversidad, amaestrándole, le fortalece.—*Petrarca.*

La fortuna es una rueda que con frecuencia aplasta a los buenos y encumbra a los malvados.—*Alfieri.*

A nadie elevó tanto la fortuna sobre los demás que no le falte algo.—*Séneca.*

NOVELA

De repente, no lejos de mí, elevóse hacia el cielo una ligera nube de polvo. Detrás de ella, una lengua de fuego salió del promontorio de piedras. Tan embebido estaba en mis pensamientos, que había perdido la noción de la realidad en que vivía y, aunque parezca una paradoja, puede decirse que vi sin ver estos extraños fenómenos, sin parar mientes en ellos, hasta que la voz de Manuel González vino a sacarme de mi peligrosa distracción, gritando:

“Don Roberto, huya usted; algún infame ha prendido la mecha. ¡Sálvese, corra!...”

“No vengas”—voceé siguiendo su consejo y observando que en vez de escaparse, se dirigía a reunirse conmigo.

“Puede necesitarme. Si usted muere, moriré a su lado”, fué su valiente respuesta.

En aquel momento la explosión se produjo. Oyóse bramar la tierra y penachos de humo negro y espeso se alzaron retorciéndose entre convulsiones de agonía. Instantáneamente, un estampido mayor aún que el primero, rasgó los aires: de aquellos penachos de humo surgió un mar de llamas que iluminaba el espacio como millares de centellas. Llenóse el suelo de pedazos de rocas. Los peones todos salieron sobresaltados de sus carpas, dando gritos de terror que se unían a los estampidos de la montaña. Al fin las luces se fueron apagando y el humo denso comenzó también a aclararse. Derribado por un trozo de piedra, caí en tierra; pero afortunadamente sólo tenía una ligera contusión. Al incorporarme, mi primer pensamiento fué para Manuel González. Lo llamé a gritos. Nadie me contestó. Lo busqué entonces desesperado y al fin lo hallé no lejos de mí, sin sentido, cubierto de sangre; el desdichado había recibido un terrible golpe. Ayudado por uno de los peones que acudió a mis voces, lo llevé a mi carpa y le hice acostar en

mi propia cama, en tanto que otro de mis hombres marchaba en un caballo a galope al poblado más próximo a buscar un médico y un sacerdote. No olvidaba que el infeliz me había dicho que era profundamente creyente.

A un tiempo llegaron el médico del alma y el del cuerpo, y éste dijo a aquél:

“Me parece, padre, que aquí hace usted más falta que yo. Sin embargo, como mientras haya vida hay esperanzas, hasta el fin cumpliré con mi deber”.

Me faltó el valor para presenciar la cura y no me avergüenzo, mi querida amiga, de confesar a usted que salí llorando.

Una hora más tarde me avisaron que Manuel González deseaba hablarme.

Un rato antes había recobrado el conocimiento y, después que el sacerdote derramó en su alma los consuelos de su divino ministerio, rogó que me llamasen.

Cuando entré en la carpa, el moribundo apenas podía hablar; yo, sin pronunciar palabra, me arrojé de rodillas a los pies del humilde lecho, ocultando la cara para que Manuel González no viese mis lágrimas.

“No se aflija, señor—me dijo con voz apenas perceptible.— Soy feliz; he cumplido mi promesa, procurando servirle hasta dar mi vida por la suya. Si no le hubiese advertido el peligro a tiempo, su muerte era segura. En el sitio ocupado anteriormente por usted vi rodar una inmensa mole de piedra antes de caer herido... Ahora voy a pedirle un grandísimo favor: en cuanto usted pueda, le ruego vaya a España a visitar a los míos; ampárelos, no los abandone y dígales que muero como cristiano, bendiciéndoles...”

Estas fueron sus últimas palabras. Con afán intentó seguir hablando y no pudo. Una ligera convulsión agitó su cuerpo y luego quedó rígido. Había dejado de existir.

Y mientras el sacerdote le encomendaba

el alma, un pensamiento horrible vino a turbar la mía. El desdichado no me reveló su verdadero nombre... ¿Cómo cumplir la sagrada misión que me encomendaba?... Sin duda eso fué lo que pretendía decirme en sus postreros instantes. Pero la muerte llegó demasiado pronto y Manuel González se llevó a la tumba su secreto. Busqué entre sus papeles y nada hallé. Cuidadosamente quemaba o rompía siempre cuanto pudiera descubrir su personalidad. ¡Infantil orgullo, único defecto de aquel noble mozo de tanta valía! Por si algo era posible averiguar, hice gestiones en Buenos Aires y también resultaron inútiles; nadie le conocía... Yo creo que con Manuel González perdió el mundo uno de los hombres más honrados que han existido.

Después de una pausa, Roberto continuó:

—A la mañana siguiente, un nuevo y doloroso desengaño me esperaba. Ni a Juan Sánchez ni al gaucho se les encontró por ninguna parte. Los infames habían huído. Sin duda alguna también velaban ellos aquella funesta noche y al verme solo, dirigiéndome al promontorio de piedras, la ambición hizo germinar en sus malvados corazones el deseo de acabar con mi vida. Muerto yo, perteneciales por entero la mina; nadie podría saber quién fuera el autor del cataclismo.

Apresurándose a poner en práctica su criminal idea, prendieron fuego a la mecha. Al oír luego mis gritos llamando a Manuel González, percatáronse de la inutilidad de su inicu acción. La víctima por ellos designada continuaba en pie y en su lugar había perecido un inocente.

Sin duda comprendieron que, vivo yo, no tardaría en descubrir su crimen y huyeron, locos por el terror o acaso por los remordimientos. Cuantas pesquisas se hicieron por encontrarlos fueron infructuosas; se esconderían en alguna oculta guarida de las sierras, en compañía de las fieras, menos feroces que ellos.

Un silencio solemne, interrumpido sólo

por el ruido de la trepidación del barco y el batir de las olas en el recio casco del vapor, reinó unos instantes sobre la casi solitaria cubierta.

—¿Se ha dormido usted, abuelita?—interrogó Roberto observando que el silencio se prolongaba.

—No *mijito*,—respondió con voz conmovida la anciana—; rezo por el mártir.

V

LA LUCECITA

A la mañana siguiente el mar estaba como una balsa.

Luisito Pérez, continuando una conversación comenzada, exclamó dirigiéndose a Roberto en tono de suficiencia:

—El amor, según dice Rochester, es una gota celeste que los cielos han vertido en el cáliz de la vida para dulcificar su amargura.

—¡Amor!... ¡Ilusión!... ¡Ja, ja! Pero ¿todavía cree usted en eso, hombre?... Necesita usted que yo le dé unas leccioncitas de vida; si no, lo va a pasar muy mal en este mundo.

Estas burlonas palabras cayeron a modo de ducha glacial sobre el inflamado entusiasmo del barbilampiño joven. Miró éste a su interlocutor con expresión en la que a un tiempo se revelaba confusión y contrariedad; mas no queriendo hacer mal papel delante del modelo que se había propuesto imitar, bajó la cabeza avergonzado, sin encontrar atinada respuesta.

Entretanto, la señora de Gutiérrez, sin que la viese ninguno de los jóvenes, habíase acercado lentamente y pudo oír las últimas palabras de Roberto y observar la turbación de Luisito. Con su acostumbrada bondad, quiso sacar al gomoso del apuro en que se hallaba y le dijo:

—Luisito, no haga usted caso a Roberto; aunque le parezca que habla en serio, está hoy de broma. Por allí le reclaman las muchachas, que no pueden vivir sin usted. Y

esta mala cabeza —añadió dirigiéndose a Sandoval,— en penitencia, se quedará haciendo compañía a esta pobre vieja.

Luisito Pérez no se hizo repetir dos veces el consejo y corrió al lado opuesto de la cubierta, donde en animada tertulia charlaban sus amigas:

—Y ahora—prosiguió *misiá* Elisa al ver alejarse al barbilindo,—mi señor D. Roberto, ¡vamos a cuentas!... ¿Qué bien te reporta quitar a ese niño ilusiones y esperanzas que son la savia de la vida?

—No estamos conformes, “abuelita”—respondió el joven haciendo sentar cariñosamente a la anciana cerca de él.—Yo no tengo ni las unas ni las otras, y vivo tan ricamente; además, eso no sirve para nada.

—¿Para nada?... Voy a contarte un cuento... No siempre has de ser tú el que relates historias.

—Pero, señora, ¿cree usted que he vuelto a la infancia?

—No me interrumpas y escúchame. Cuentos hay muy sencillos, muy infantiles, que son provechosos y útiles para todas las edades.

Había una vez...

—Un rey que tenía tres hijas—exclamó Roberto—las vistió de colorado, las subió al tejado y ya está mi cuento acabado

—El tuyo, sí..., mas el mío no ha comenzado todavía, y tienes que oírle:

Había una vez en un pueblecito, cuyo nombre no hace al caso, dos muchachas, igualmente hermosas; llamábanse Rosa y Margarita. Juntas habíanse educado en un magnífico colegio, pero las vicisitudes de la existencia hicieron muy distinta la situación de ambas. El padre de Rosa vió por días acrecentarse su fortuna, en tanto que el de Margarita, pobre y casi arruinado tuvo que refugiarse en la modesta casita de labor que poseía en aquella aldea, único y miserable resto de su inmensa fortuna. Algo distante de la humilde vivienda, ya en medio del

campo, se elevaba un magnífico palacio, propiedad del padre de Rosa.

Muchos años hacía que esta opulenta familia se encontraba alejada del pueblo, y las dos muchachas no habían vuelto a verse desde su estancia en el colegio.

Margarita, de corazón bondadoso y resignado, era feliz en medio de su pobreza, porque el amor iluminaba con su radiante luz los ensueños y aspiraciones de la gentil muchacha. El médico de la aldea, joven, gallardo, de porte señorial, conquistó su corazón con las mil finezas, atenciones y galanterías que le prodigaba. Con expresivas insinuaciones, hízola creer el guapo mozo en su cariño; y Margarita, llena de alegres esperanzas, elevaba hermosos castillos en el aire. Ya casi no recordaba las tristezas del ayer...; ¡presentábasele con tan risueños matices el mañana!...

Como la mayoría de las mujeres enamoradas, prestaba todos los méritos y todas las virtudes al que supo hacerse dueño de su alma, y al pensar en su porvenir, imaginábase ver al joven galeno adquiriendo fama, dinero y posición... Un poco de paciencia y no tardarían en volver pronto, sin duda alguna, los felices días de otros tiempos... La lucecita de la esperanza iluminaba las negruras de su presente.

Una tarde, antojósele a Rosa dar un largo paseo a pie; y acompañada por su aya, se le ocurrió ir a visitar a su antigua compañera.

Mientras la anciana señora despachaba varios encargos que tenía que hacer en el pueblo, las dos amigas quedaron solas charlando. Rosa, con aire protector, preguntaba a Margarita detalles de su vida. Esta, sin do primero sus penurias y estrecheces, y luego sus sueños y sus ilusiones.

Al llegar a este punto de las confidencias, interrumpió Rosa, inquiriendo:

“¿Cómo se llama ese afortunado mortal?...”

“Jerónimo Mena”.

“¿Jerónimo Mena?... ¿Médico?... ¿No estaba hace un año en Tres Estrellas?...”

“¡El mismo!... ¿Le conoces?” — exclamó radiante de júbilo Margarita.

“¡Ya lo creo! ¿No te acuerdas que tenemos allí fincas?...”

A esta respuesta siguió un silencio bastante significativo.

Margarita, con angustioso acento, tornó a interrogar:

“¿Por qué te callas? — Y continuó haciendo visiblemente un gran esfuerzo. — Si sabes algo en contra suya... debes decírmelo.”

“Pues bien, sí, tienes razón. Eres mi amiga y no quiero que te engañen. No pienses en Jerónimo Mena... Con seguridad pretende divertirse contigo, como lo ha hecho con otras. En Tres Estrellas fué novio formal de una señorita que conozco; y en cuanto salió de allí... ¡si te he visto, no me acuerdo!... ¡Es un Tenorio! Creo que hace lo mismo en todos los pueblos adonde va y, cuando la cosa empieza a ponerse seria, pide el traslado”.

Margarita silenciosamente inclinó la cabeza, procurando ocultar dos lagrimones que rodaban por sus mejillas.

“¿Te has enfadado conmigo?” — le preguntó Rosa, inquieta por su mutismo”.

“¡Al contrario! — respondió la cuitada — Comprendo que has sido una buena amiga... Te lo agradezco”.

Y, sin saber cómo, vino a su memoria aquella hermosísima rima de Bécquer, que dice:

Cuando me lo contaron sentí el frío
de una hoja de acero en las entrañas.

.....
.....

¿Quién me dió la noticia?... Un fiel amigo...
¡Me hacía un gran favor!... Le di las gracias.

Durante el final de este diálogo, Marta, el aya de Rosa, había venido a buscarla. Engolfadas en su conversación las dos jóvenes,

la anciana había entrado en la salita sin que la viesen.

“Vamos, Rosa — exclamó Marta haciendo notar en aquel momento su presencia. — Se me ha hecho un poco más tarde de lo conveniente, y tenemos que apresurarnos; acuérdate que venimos a pie”.

Despidióse Rosa de Margarita y salió con Marta.

La noche había cerrado; densas nubes encubrían el resplandor de la luna y las estrellas.

“¡Dios quiera que no nos perdamos!” — observó asustada Rosa.

“No hay peligro ninguno. ¿Ves aquella lucecita? Es de la caseta del guarda y nos servirá de guía. Las del palacio no se distinguen, porque las oculta la selva de Tambal.”

Continuaron andando algunos pasos en silencio, y la vivaracha Rosa, cansada de aquel mutismo, interrogó:

“Marta, ¿por qué estás tan callada? ¿En qué piensas?...”

“Pienso en la última parte de tu entrevista con Margarita. Oí, al entrar, vuestra conversación, y... la verdad, no apruebo lo que les has dicho.”

“Pues yo creo que he obrado noblemente. No podía consentir que engañasen a mi amiga”.

“¿Y cómo sabes tú que ese joven no la quiere?... A casi todos, por muy Tenorios que sean, les suele llegar alguna vez su hora de enamorarse formalmente. Si hubieras sabido de ese muchacho faltas de mayor importancia o acciones deshonorosas, entonces sí era tu deber comunicárselas a Margarita. Pero al fin y al cabo, lo que le has dicho, sólo son ligerezas de sus pocos años. Esa desgraciada, no tenía más dicha que su ilusión, y se la has quitado.”

En aquel momento, la lucecita que servía de faro a las dos mujeres, se apagó de súbito.

Asustada Rosa, echóse a llorar, y Marta, cogiéndola de la mano, exclamó:

(Continuará).

Las Indulgencias en la Balanza

Monseñor Gaume, para hacer comprender el valor de las indulgencias refiere el siguiente hecho sacado de las crónicas de los Frailes Menores.

El Beato Bertoldo, célebre predicador franciscano, había obtenido del Sumo Pontífice diez días de indulgencia para los asistentes a sus sermones. Un día en que había hablado muy elocuentemente acerca de la limosna, una noble señora, a quien los reveses de fortuna habían reducido a la última miseria, se presentó a él exponiéndole su triste situación y rogóle la quisiera ayudar. El buen religioso le dió la misma respuesta del Apóstol: "Yo no poseo ni oro ni plata; pero cuanto poseo te lo doy de buen corazón. Por el bien de las almas, a quienes yo soy llamado a evangelizar el Santo Padre me ha otorgado el privilegio de conceder, por mi medio, diez días de indulgencia a cuantos vengan a oír mis sermones; id pues, a casa del banquero X, hasta ahora más preocupado por los bienes de aquí abajo, que de los tesoros espirituales y ofrecedle, a cambio de la limosna que os daría, la cesión en provecho de su alma por

sus pecados de los diez días de indulgencia que habéis ganado; el Señor me da a entender que os recibirá favorablemente".

Fué la mujer, propuso el cambio y el banquero le pregunta:

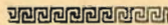
—¿Cuánto queréis a cambio de vuestros diez días de indulgencia?

—Ni más ni menos de lo que pesen colocados en una balanza.

—Sea así, dijo el banquero y traída una balanza: Escribid, le dice a la señora, sobre un papel los diez días de indulgencia y ponedlo sobre el platillo; yo pondré sobre el otro una moneda.

Así se hizo y, ¡oh prodigio!, fué poniendo monedas el banquero y el platillo no bajaba, hasta que los reales llegaron a la suma que aquella buena mujer necesitaba; y aquí los dos platillos se nivelaron.

Con aquella lección empezó el hombre de las monedas a tener aprecio por los tesoros espirituales y la buena señora se fué contenta y llena de gratitud al ver su confianza no defraudada.



LAS MADRES

Sobre la techumbre
que cubre mi lecho,
tapa de sepulcro
con quien me confieso,
oigo por las noches
la cuna de un niño romper el silencio,
y esa melodía constante acompaña
como un dulce amigo mis largos recuerdos.

A veces la cuna
se para un momento
y un triste vagido, muy triste, muy triste,
se escucha a lo lejos
en la noche muda, más triste y más sola
que el mismo lamento;
y la santa madre
vuelve al de la cuna blando bamboleo

y se calla el lloro del insomne niño
mientras el columpio le sigue meciendo.
Mas apenas para
la cuna su ritmo que extinguese lento,
otra vez el vagido penoso
se clava en el alma más hondo y más trémulo;
y otra vez la madre con mano sublime
balancea a su dulce pequeño,
y un suave efluvio cual de adormideras
parece que esparcen sus líricos dedos...
Poco a poco las luengas mecidas
acortan su vuelo,
y de cortas aún van a más breves,
y de breves, a un leve cuneo
que apenas se siente, que apenas se escucha,
cual rumor inefable del cielo,
y la mano que mece y que mece

ya es seda que cruje, ya es giro del viento,
ya es pluma que pasa,
ya es beso, ya es brisa, ya es roce, ya es sueño.

¡Oh, cómo las madres
saben esa escala de blandos descensos
que duerme a los niños de todas las razas
con la melodía del ritmo materno,
y mueven las cunas con largas mecidas,
después les acortan su armónico vuelo,
después le reducen sus lentos vaivenes
como si los ángeles las fuesen midiendo,
hasta que el acento del niño se calla
en un esponjoso dormir de su cuerpo
y sólo se escuchan mil músicas leves
cual si respirase la marcha del tiempo.

Alma solitaria que duermes tu niño
con el sacrificio de tu amor más tierno,
sin que sobrecoja tu pecho la ira,
sin que se impaciente tu santo cerebro,
sin que puedas dejar de ser madre
ni un solo momento;

alma solitaria que noches y noches,
todas las larguísimas del lóbrego invierno,
toda tu cadena de noche sin número,
toda tu cadena de insomnios sin término,
te escucho amorosa meciendo tu cuna,
te escucho tu niño divino meciendo.
¡Oh, tú si que sabes al son de tu lira
rimar grandes versos,
y tejer tu vida, tu amor, tus entrañas,
al pasar y volver de tu péndulo!
Hilandera sublime que hilas
al son de tu cuna los hombres, los tiempos,
musa excelsa, vestal inmutable,
¡quién pudiera imitar tus ejemplos
y arrullar de las penas humanas
el libro perpetuo,
y dormirlas con largas mecidas
que se escalonaran con ritmos eternos!
¡Oh, madres! ¡Poetas sublimes!
vosotras tan sólo sabéis hacer versos;
la cuna, es la lira de todas las razas;
y el cordaje inmortal vuestros dedos.

Salvador Rueda

SEGURO DE EDUCACION

**Este es un seguro de grandes ventajas para los padres
que enfoquen bien el problema de la educación
de sus hijos.**

**Este seguro garantiza la educación de los hijos
aunque mueran los padres.**

**La única herencia real y verdadera que un padre puede
dejar a su hijo.**

**SIRVASE CONSULTARNOS SU CASO PARTICULAR
ESTAMOS A SUS ORDENES.**

Banco Nacional de Seguros.

HUERTOS CASEROS

Algunos requisitos para obtener éxito en el trasplante al campo son los siguientes:

1. Se deben regar bien los plantones antes de trasplantarlos.

2. El terreno dedicado a la siembra debe estar listo antes de arrancar las plantitas. Debe haber agua disponible para regar las plantas en caso de que no haya suficiente humedad en el suelo. Las plantas criadas en camas calientes o en semilleros especiales deben sacarse con mucho cuidado empleando para ello un desplantador. Al momento de arrancar las plantas debe dejarse la mayor cantidad de tierra posible adherida a las raíces, cuidando de mantenerlas húmedas mientras permanecen fuera de la tierra.

3. A veces es preciso reducir el follaje, es decir, la superficie de evaporación de las plantas trasplantadas, para evitar una pérdida excesiva de la humedad de sus tejidos. Si hace mucho calor se le pueden cortar a la planta algunas hojas al trasplantarlas, disminuyendo así el peligro de que se marchite y luego se seque. Las hojas maduras deben surprimirse siempre.

Los hoyos para las plantas deben abrirse al momento de sembrarlas, para impedir que la tierra se seque demasiado. Es conveniente regar un poco el suelo si está muy seco. Al esparcir agua, primero debe colocarse la planta en el hoyo y éste debe llenarse parcialmente con tierra; luego se riega hasta que el terreno esté bien empapado. La tierra húmeda se debe afirmar bien alrededor de las raíces de la planta, para luego esparramar tierra seca suelta en la superficie, apretándola ligeramente.

5. El trasplante se debe efectuar en días nublados. Si es necesario trasplantar en tiempo caluroso y seco, la caída de la tarde es la mejor hora para hacerlo; de lo contrario se debe proporcionar sombra a las plantas, por dos o tres días hasta que se encuentren bien establecidas en su nuevo medio. Evítese que el sol le dé a las raíces. Muchas plantas se

pierden porque durante las primeras 24 horas después de trasplantadas se estropean de tal modo que ya no pueden restablecerse.

EL CULTIVO

El objeto principal del cultivo es no sólo el de destruir las malas hierbas que puedan robar a las plantas la humedad y los minerales nutritivos de la tierra, quitarles lugar y sombrearlas hasta tal punto que se debilita su desarrollo, sino también el de conservar la superficie del terreno suelta y fina. La mejor época para desyerbar es cuando el pasto es todavía pequeño, antes de que pueda perjudicar a las plantas. El suelo se debe cultivar después de las lluvias fuertes que lo empapan y después de cada riego, tan pronto como esté lo suficientemente seco para trabajar en él. Esto evitará que la tierra se encostre y agriete. Nunca se debe labrar muy profundamente cerca de las raíces, ya que en la mayor parte de las hortalizas dichas raíces crecen muy cerca de la superficie del terreno, requiriendo por lo tanto que todo cultivo alrededor de la planta sea muy superficial; y debe tratarse de impedir los cultivos profundos que pueden lastimar las raíces de las plantas e impedir su desarrollo. En huertos pequeños que tienen hileras angostas se puede efectuar el laboreo usando una cultivadora de ruedas, o un azadón de mano. Otras de las herramientas que se usan son el rastrillo, la azada y las escardas.

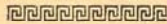
RIEGO

Para el huerto pequeño el riego superficial es el mejor, por muchas razones, especialmente cuando se emplea el método de surcos. Se adapta a los terrenos llanos de buen desagüe. Este sistema de riego requiere que el agua corra en acequias poco profundas a lo largo de los surcos y cerca de las plantas. De este modo el agua descende hasta donde pueden utilizarla las raíces

de las plantas, lográndose que no se pierda fácilmente por evaporación. En vez de hacer frecuentes riegos ligeros el agua se debe aplicar únicamente cuando se necesite, empapando el suelo completamente en estas ocasiones. Sin embargo, se deben evitar los riegos excesivos, puesto que son perjudiciales. El terreno se debe cultivar tan pronto como esté suficientemente seco después de cada riego. Los riegos se pueden efectuar a cualquier hora del día; sin embargo, temprano en la mañana es el tiempo más apropiado y provechoso.

Es preferible regar bien el huerto con regadera una vez por semana hasta mojarlo a una profundidad de varios centímetros, que regarlo ligeramente todos los días. La tendencia general al regar de la última manera es usar una cantidad insuficiente de agua; para economizar agua, si es escasa, es bueno hacerla correr en canales a lo largo de las hileras. No se recomienda la inundación de la superficie.

(Continuará).



LA GRACIA

Alguna vez he dicho que la gracia es, en la mujer, tanto o más valiosa que la belleza. La belleza, de por sí, no es seductora, no arrebatada la voluntad ni conquista la simpatía. Deslumbra los sentidos, sorprende y atrae las miradas y se limita a despertar un sentimiento puramente estético que no llega al corazón. Al corazón sólo llega aquello que le habla en su lenguaje. Y el lenguaje del corazón es el de las emociones.

La gracia sí; la gracia se expresa en ese lenguaje que el corazón entiende; llega hasta él y lo conquista blanda y amorosamente.

La gracia es un sutil atributo del alma que no todos poseen y que no todos perciben. Es aristocracia espiritual que se corresponde y establece entre dos seres un misterioso vínculo de simpatía. Quien carece del don de interpretarla y descubrirla no se explica bien la razón determinante de esa simpatía espontánea, le parece desmedida o absurda, y de allí que afirme refiriéndose a quien ha ganado para sí esa simpatía: "más vale caer en gracias que ser gracioso".

En cualquiera de los dos casos a que el refrán alude, considera a la gracia un tesoro de valor inapreciable, que asegura a quien lo posee la conquista de las voluntades y los beneficios que derivan del afecto y la simpatía. Para las feas, la gracia es un maravilloso atributo compensador para las humildes, un sésamo que les abre las puertas de los salones. En

todas partes y para todas es un salvoconducto que les allana las dificultades de la vida. Como esa cualidad se expresa en el lenguaje que, según hemos visto, el corazón entiende, fácil es que, para quien la posee manifieste el amor sus preferencias. No importa que carezca de una belleza deslumbradora. Bastará que sea un poco atrayente; lo esencial es que sea graciosa. Todas las mujeres tienen, si no la comprensión de esta verdad, por lo menos la intuición del valor inapreciable de ese tesoro que es la gracia. Esa es la causa de que la mayoría de las mujeres se esfuerzen en demostrar que la poseen. Y lo cierto es que no todas la tienen, del mismo modo que algunas flores carecen de perfume. Atributo natural del espíritu, es también producto de cultivo. La gracia simple de una aldeana rústica, por ejemplo, no puede conformar a un espíritu educado que busque en ella cierta finura de concepto y expresión. Gracia es espiritualidad, y ésta a su vez un atributo que se obtiene merced al trato social, a la cultura y afinamiento de los gustos, al dominio progresivo de los propios sentimientos.

Hay quienes pretenden que la gracia es otra cosa muy distinta. La confunden con la "chistomanía", con la burla y la payasada. Personas hay que no desdennan la oportunidad de hallarse rodeadas de un corrillo cualquiera, para poner de manifiesto la "gracia" de que están dotadas, abundando en ocurrencias que suponen ingeniosas y chispeantes, pero que no

pasan de ser lugares comunes, cuando no rayan en la chabacanería. Y no es esto lo peor, sino que muchas veces toman para escenario de sus "graciosos" desahogos lugares públicos: trenes, tranvías, teatros, salas de espera, etc., vociferando sus ocurrencias y festejándolas ellas mismas con una absoluta desconsideración para las personas que están alrededor leyendo, pensando, o simplemente deseando pasar un momento de solaz, tranquilidad o sosiego.

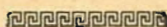
Si las personas que así proceden miraran las fisonomías de los circunstantes, en lugar de embriagarse con sus propios chistes, advertirían con frecuencia que no solamente no consiguen con sus alardes de "espiritualidad" provocar la sonrisa de esas personas, sino que son miradas por ellas con pena o con fastidio.

Y es porque, aunque pretenden ser graciosas, no lo son sino todo lo contrario. Es gracia precisamente lo que les falta. En cambio tienen tontería en abundancia.

Si tuvieran lo primero, no podrían proceder como lo hacen. Una persona discreta no puede cometer a sabiendas una torpeza, ni una persona educada una grosería. Y no hay gracia posible sin delicadeza y cultura, sobre todo si se actúa en un medio ambiente social.

Payasada no es espiritualidad. Esta última requiere el mérito de ser sobria y oportuna, discreta y eficaz. La gracia, como hemos dicho, no es otra cosa que aristocracia espiritual.

Adriana Castelar.



Roma.--La Ciudad Eterna

Revista semanal Acción Católica Polonesa de Prensa.

Nueva York, agosto 1º—K. A. P.—A instancias nuestras, uno de los eminentes católicos poloneses emitió su opinión acerca del bombardeo de Roma. A continuación presentamos un sumario de sus observaciones. Habiendo negado las declaraciones de las agencias de prensa alemanas e italianas tocante a la alegada protesta del Vaticano por el bombardeo de Roma y otros detalles relativos a los daños hechos a la iglesia de San Lorenzo, el Papa Pío XII ha recordado nuevamente a todas las naciones beligerantes que sólo hay una Roma en el mundo. Todo el mundo sabe perfectamente que había importantes razones militares para el bombardeo de Roma y que la operación se llevó a cabo con extraordinario cuidado. A pesar del fuerte bombardeo de quinientos aviones sólo sufrió daños la basílica de San Lorenzo situada cerca de la estación ferroviaria. Igualmente, la incursión aérea tuvo resultados políticos muy precisos, pues fué el golpe de gracia que agotó la paciencia del pueblo italiano y puso fin a la dictadura de Mussolini. Aunque—este primer bombardeo de Roma fué hasta cierto punto un gran éxito—deploramos naturalmente la muerte de numerosos miembros de la

población civil, que murieron en la misma forma y con las mismas armas empleadas primeramente por el Eje contra Varsovia—la esperanza del mundo cristiano es que no haya necesidad de otros bombardeos. Muchos edificios sagrados y vidas humanas en otras ciudades, igualmente de valor inestimable, han sido destruidos. Sin embargo, nadie protestó cuando como resultado del bombardeo de Nápoles, Milán y Génova, se perdieron muchas vidas y se destruyeron iglesias, porque éstas no fueron las primeras y únicas ciudades víctimas de los azares de la guerra. Estos templos eran también antiguos y artísticos. Sin embargo, nada puede reemplazar los monumentos inestimables de religión y cultura cristiana de Roma. Esto fué bien expresado por el Cardenal Arzobispo de Boston, quien manifestó que el suelo de Roma es sagrado porque está saturado con la sangre de los Apóstoles, de los Confesores y Mártires de todas las naciones y razas. Por espacio de veinte siglos, Roma ha sido el centro del Cristianismo, del cual el sacrificio de los Apóstoles que crearon la civilización y cultura cristianas irradiaron a todas partes del mundo. Los templos sagrados de Roma están repletos de las más grandiosas obras maestras de arquitectura y pintura, pero también de reliquias de Santos y Mártires cuya muerte originó nuestra cultura. La Religión, servida por el arte, creó a esta gloriosa ciudad, una ciudad única en todo el mundo. Por ser Roma a una vez la fuente de las más grandes inspiraciones humanas y el repositorio de las más altas expresiones del esfuerzo humano, es llamada con razón el patrimonio de todas las naciones. Roma nos pertenece a todos, no solo a los italianos.

Súplica a los Agentes y Suscritores

Les rogamos ponerse al día con sus cuentas pues como siempre pagamos exactamente la impresión de la Revista sería muy penoso para nosotros no ser cumplidos por falta de pago de los Agentes y suscritores.

Betina de Holst Hijos

le ofrece

CINTAS DE GRO, RASO y TAFETAN
en todos colores y anchos

Agua de Colonia Nacional

fina

fresca

fragante...

Calidad Insuperable a Bajo Precio

Cómprela en la
Fábrica Nacional de Licores o en el

Almacén Robert Hermanos

CONSULTORIO OPTICO

"RIVERA"

Exámenes científicos de la vista.

LENTES Y ANTEOJOS DE TODOS

PRECIOS

Fronte al Gran Hotel Costa Rica

SIMPLICITY

EL PATRON MAS EXACTO

EL MAS ELEGANTE

LO ENCONTRARA USTED EN LA

TIENDA DE DON NARCISO